

Intimidades congeladas

De la misma autora

Consuming the romantic utopia: Love and the cultural contradictions of capitalism, Berkeley, 1997

The culture of capitalism, Jerusalén, 2002

Oprah Winfrey and the glamour of misery: An essay on popular culture, Nueva York, 2003

Saving the modern soul: Therapy, emotions, and the culture of self-help (University of California Press, en prensa)

Intimidades congeladas fue publicada en inglés por Polity Press, en alemán por Suhrkamp Verlag, en francés por Du Seuil y en italiano por Feltrinelli.

Eva Illouz

Intimidades congeladas

Las emociones
en el capitalismo

Traducido por Joaquín Ibarburu



discusiones

Primera edición, 2007

© Katz Editores
Sinclair 2949, 5º B
1425 Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Cold intimacies.*
The making of emotional capitalism

© Suhrkamp Verlag
Frankfurt del Main, 2006

ISBN Argentina: 978-987-1283-59-0
ISBN España: 978-84-96859-17-3

I. Capitalismo. I. Ibarburu, Joaquín, trad. II. Título
CDD 320.5

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst
Impreso en la Argentina por Latingráfica S.R.L.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Índice

- 9 Agradecimientos

- 11 1. EL SURGIMIENTO DEL *HOMO SENTIMENTALIS*
- 21 Freud y las conferencias Clark
- 44 Un nuevo estilo emocional
- 47 La ética comunicativa como espíritu
de la empresa
- 61 Las rosas y las espinas de la familia moderna

- 93 2. SUFRIMIENTO, CAMPOS EMOCIONALES
Y CAPITAL EMOCIONAL
- 93 Introducción
- 98 La narrativa de la autorrealización
- 138 Campos emocionales, habitus emocional
- 147 La pragmática de la psicología
- 155 Conclusión

- 161 3. REDES ROMÁNTICAS
- 164 Romances en Internet

166	Encuentros virtuales
172	La autopresentación ontológica
201	Fantasía y desilusión
226	Conclusión: un nuevo giro maquiavélico
239	Índice de nombres

A Elchanan

1

El surgimiento del *Homo Sentimentalis*

Tradicionalmente, los sociólogos entendieron la modernidad en términos del advenimiento del capitalismo, de la aparición de instituciones políticas democráticas o de la fuerza moral de la idea de individualismo, pero prestaron escasa atención al hecho de que, junto con los conceptos familiares de plusvalía, explotación, racionalización, desencantamiento o división del trabajo, la mayor parte de los grandes relatos sociológicos de la modernidad contenían otra historia colateral en clave menor, a saber, las descripciones o los relatos del advenimiento de la modernidad en términos de emociones. Para tomar algunos ejemplos vívidos pero en apariencia triviales, la ética protestante de Weber contiene, en su núcleo, una tesis sobre el papel de las emociones en la acción económica, dado que es la angustia que provoca una divinidad inescrutable lo que subyace en la actividad vertiginosa del empresario capitalista.¹ El con-

¹ Weber, Max, *The Protestant ethic and the spirit of capitalism*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1958 [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, FCE, 2004].

cepto de alienación en Marx —que resultaba central para explicar la relación del trabajador con el proceso y el producto del trabajo— tenía fuertes visos emocionales, como cuando Marx, en los *Manuscritos económico-filosóficos*, analiza el trabajo alienado como una pérdida de realidad, en sus palabras, una pérdida en lo relativo al vínculo con el objeto.² Cuando la cultura popular se apropió de la “alienación” de Marx —y la distorsionó— fue sobre todo por sus implicaciones emocionales: la modernidad y el capitalismo eran alienantes en el sentido de que creaban un tipo de entumecimiento emocional que separaba a las personas entre sí, de su comunidad y de su propio yo profundo. También podemos recordar la famosa descripción que hace Simmel de la metrópolis, que comprende un relato de la vida emocional. Para Simmel, la vida urbana genera un incesante flujo de estímulos nerviosos y se diferencia de la vida en un pueblo pequeño, que se caracteriza por las relaciones emocionales. La típica actitud moderna, para Simmel, es la del “*blasé*”, una mezcla de reserva, frialdad, indiferencia y, agrega, siempre en riesgo de conver-

2 Véase Marx, Karl, “Estranged labor”, en Dirk J. Struik (ed.), *The economic and philosophic manuscripts of 1844*, Nueva York, International Publishing, 1904 [trad. esp.: *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en Marx, K. y F. Engels, *Obras fundamentales 1: Escritos de juventud*, trad. de Wenceslao Roces, México, FCE, 1982].

tirse en odio.³ Por último, fue la sociología de Durkheim –de manera algo sorprendente dada su condición de neokantiano– la que de manera más evidente se ocupó de las emociones. De hecho, la “solidaridad”, la figura clave de la sociología de Durkheim, no es más que una serie de emociones que vinculan a los actores sociales con los símbolos centrales de la sociedad (lo que Durkheim llamaba “*effervescence*” en *Las formas elementales de la vida religiosa*).⁴ (En la conclusión de *Clasificaciones primitivas*,⁵ Durkheim y Mauss sostienen que las clasificaciones simbólicas –entidades cognitivas *par excellence*– tienen una base emocional.) El punto de vista de Durkheim sobre la modernidad tenía una relación más directa con las emociones cuando procuraba entender cómo, dado que la diferenciación de las sociedades modernas carecía de intensidad emocional, la sociedad moderna “se mantenía unida”.⁶

3 Simmel, Georg, “The metropolis and mental life”, en K. Wolff (ed.), *The sociology of Georg Simmel*, Nueva York, Free Press, 1950.

4 Durkheim, Émile, *Elementary forms of religious life*, Nueva York, Free Press, 1969 [trad. esp.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, 1982].

5 Durkheim, Émile y Marcel Mauss, *Primitive classification*, Londres, Cohen & West, 1963 [trad. esp.: *Clasificaciones primitivas y otros ensayos de antropología positiva*, Barcelona, Ariel, 1996].

6 Durkheim, Émile, *The division of labor in society*, Nueva York, Free Press, 1964 [trad. esp.: *La división del trabajo social*, Madrid, Akal, 1982].

Mi punto de vista es lo suficientemente claro y no es necesario que insista en su explicación. Por más que no sean conscientes de ello, los relatos sociológicos canónicos de la modernidad contienen, si no una teoría desarrollada de las emociones, por lo menos numerosas referencias a éstas: angustia, amor, competitividad, indiferencia, culpa; si nos tomamos el trabajo de profundizar en las descripciones históricas y sociológicas de las rupturas que llevaron a la era moderna, podremos advertir que todos esos elementos están presentes en la mayor parte de ellas.⁷ Lo que quiero destacar en este libro es que cuando recuperamos esa dimensión no tan oculta de la modernidad, los análisis de lo que constituye la identidad y la personalidad modernas, de la división entre lo privado y lo público y su articulación en las divisiones de género, experimentan un gran cambio.

Podría preguntarse, sin embargo, por qué hacerlo. ¿La concentración en una experiencia tan subjetiva, invisible y personal como la “emoción” no socavaría la vocación de la sociología, que, al fin de cuentas, se ocupa de regularidades objetivas, actos comparables y grandes instituciones? ¿Por qué, en otras palabras, complicar las cosas con una categoría sin la cual la

⁷ Por supuesto, las emociones no desempeñan el mismo papel en los distintos marcos sociológicos, pero lo que sostengo es que desempeñan un papel.

sociología se las arregló muy bien hasta ahora? Creo que hay suficientes razones para ello.^{8,9}

La emoción *no* es acción *per se*, sino que es la energía interna que nos impulsa a un acto, lo que da cierto “carácter” o “colorido” a un acto. La emoción, entonces, puede definirse como el aspecto “cargado de energía” de la acción, en el que se entiende que implica al mismo tiempo cognición, afecto, evaluación, motivación y el cuerpo.^{10,11} Lejos de ser presociales o preculturales, las emociones son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable, y es esa fusión lo que les confiere la capacidad de impartir energía a la acción. Lo que hace que la emoción tenga esa “energía” es el hecho de que siempre concierne al yo y a la relación del yo con otros situados culturalmente. Cuando se me dice “otra vez llega tarde”, el hecho de que sienta vergüenza, enojo o culpa dependerá casi

8 McCarthy, Doyle E., “The social construction of emotions: New directions from culture theory”, *Social Perspectives on Emotion* 2, 1994, pp. 267-279.

9 McCarthy, Doyle E., “The emotions: Senses of the modern self”, *Osterreichische Zeitschrift für Soziologie* 27, 2002, pp. 30-49.

10 Nussbaum, Martha C., *Upheavals of thought: The intelligence of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

11 Rosaldo, M., “Toward an anthropology of self and feeling”, en R. Schweder y R. LeVine (eds.), *Culture theory: Essays in mind, self, and emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 136-157.

exclusivamente de la relación que tenga con quien me lo dice. Es probable que un comentario de mi jefe sobre mi llegada tarde me produzca vergüenza; si se trata de un colega, es probable que me enoje, pero si el que lo dice es mi hijo que me espera en la escuela, lo más probable es que me sienta culpable. Sin duda la emoción es un elemento psicológico, pero es en mayor medida un elemento cultural y social: por medio de la emoción representamos las definiciones culturales de personalidad tal como se las expresa en relaciones concretas e inmediatas, pero siempre definidas en términos culturales y sociales. Diría, entonces, que las emociones son significados culturales y relaciones sociales que están muy fusionados, y que es esa estrecha fusión lo que les confiere su carácter enérgico y, por lo tanto, prerreflexivo y a menudo semiconsciente. Las emociones son aspectos profundamente internalizados e irreflexivos de la acción, pero no porque no conlleven suficiente cultura y sociedad, sino porque tienen demasiado de ambas.

Por ese motivo, una sociología hermenéutica que quiera entender la acción social desde “adentro”, no puede hacerlo de manera adecuada si no presta atención al color emocional de la acción y a lo que la impulsa.

Las emociones tienen otra importancia cardinal para la sociología: buena parte de las disposiciones sociales son también disposiciones emocionales. Resulta trivial

decir que la distinción y la división más fundamentales que organizan la mayor parte de las sociedades del mundo —es decir, entre hombres y mujeres— se basan en (y se reproducen a través de) las culturas emocionales.¹² Para ser un hombre de carácter hay que dar muestras de valor, fría racionalidad y agresividad disciplinada. La femineidad, por su parte, exige amabilidad, compasión y alegría. La jerarquía social que producen las divisiones de género contiene divisiones emocionales implícitas, sin las cuales hombres y mujeres no reproducirían sus roles e identidades. Esas divisiones, a su vez, producen jerarquías emocionales, según las cuales la racionalidad fría por lo general se considera más confiable, objetiva y profesional que la compasión. Por ejemplo, el ideal de objetividad que domina nuestra concepción de la información periodística o de la Justicia (ciega) presupone la práctica y el modelo masculinos del control emocional de sí. De esa manera, las emociones se organizan de modo jerárquico y, a su vez, ese tipo de jerarquía emocional organiza implícitamente las disposiciones sociales y morales.

12 Abu-Lughod, Lila y Catherine A. Lutz, “Introduction: Emotion, discourse and the politics of everyday life”, en Catherine A. Lutz y Lila Abu-Lughod (eds.), *Language and the politics of emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 1-23; Shields, Stephanie, Keith Oatley y Antony Manstead, *Speaking from the heart: Gender and the social meaning of emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Lo que quiero afirmar aquí es que la construcción del capitalismo se hizo de la mano de la construcción de una cultura emocional muy especializada y que cuando nos concentramos en esa dimensión –en sus emociones, por así decirlo– podemos descubrir otro orden en la organización social del capitalismo. En esta primera conferencia, mi intención es mostrar que cuando consideramos las emociones como personajes principales de la historia del capitalismo y la modernidad, la división convencional entre una esfera pública no emocional y una esfera privada saturada de emociones comienza a disolverse; asimismo, se torna evidente que durante el siglo xx se llevó a los hombres y a las mujeres de clase media a concentrarse fuertemente en su vida emocional, tanto en el trabajo como en la familia, mediante el uso de técnicas similares para llevar a un primer plano el yo y sus relaciones con los demás. Esa nueva cultura de la emotividad no significa, como temen los críticos toquevilleanos, que nos hayamos retirado al interior de la vida privada.¹³ Al contrario,

13 Coontz, Stephanie, *The social origins of private life: A history of American families, 1600-1900*, Nueva York, Verso Books, 1988. Para ejemplos clásicos de tales posiciones, véase Bellah, R., R. Madsen, W. Sullivan, A. Swidler y S. Tipson, *Habits of the heart: Individualism and commitment in American life*, Berkeley, University of California Press, 1985; o Lasch, C., *The minimal self: Psychic survival in troubled times*, Nueva York, W. W. Norton, 1984.

el yo interior privado nunca tuvo una representación tan pública ni estuvo tan ligado a los discursos y valores de las esferas económica y política. La segunda conferencia explora con mayor minuciosidad las formas en que la identidad moderna se encarna de manera cada vez más pública en una serie de lugares sociales a través de una narrativa que combina la aspiración a la autorrealización y la afirmación del sufrimiento emocional. La frecuencia y la persistencia de esa narrativa, que podemos llamar *una narrativa de reconocimiento*, se relaciona con los intereses ideales y materiales de una variedad de grupos sociales que operan en el mercado, en la sociedad civil y dentro de los límites institucionales del Estado. En la tercera conferencia mostramos cómo el proceso de establecimiento del yo como asunto público y emocional encuentra su expresión más fuerte en la tecnología de Internet, una tecnología que presupone y pone en acto un yo emocional público y, de hecho, incluso logra que el yo emocional público preceda a las interacciones privadas y las constituya.

Si bien cada conferencia puede leerse por separado, éstas tienen una vinculación orgánica y suponen una progresión acumulativa hacia el principal objetivo de las tres, que es trazar los contornos de lo que llamo *capitalismo emocional*. El capitalismo emocional es una cultura en la que las prácticas y los discursos emocio-

nales y económicos se configuran mutuamente y producen lo que considero un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional –sobre todo la de la clase media– sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas. Es inevitable que los temas de la “racionalización” y la “mercantilización” (de las emociones) sean tópicos recurrentes en las tres conferencias. Sin embargo, mi análisis no es ni marxista ni weberiano dado que no presupongo que la economía y las emociones puedan (ni deban) separarse.¹⁴ De hecho, como procuro mostrar, los repertorios culturales basados en el mercado configuran e informan las relaciones emocionales e interpersonales, mientras que las relaciones interpersonales se encuentran en el epicentro de las relaciones económicas. Más exactamente, los repertorios del mercado se entrelazaron con el lenguaje de la psicología y, combinados, proporcionaron nuevas técnicas y sentidos para forjar nuevas formas de sociabilidad. En la siguiente sección analizaré cómo surgió esa nueva forma de sociabilidad y cuáles son sus significaciones emocionales (imaginarias) centrales.

14 Véase Zelizer, Viviana, *The social meaning of money*, Nueva York, Basic Books, 1994.